

escuadrones rusos, hizo una descarga general contra ellos, y derribó no escaso número de jinetes, aunque no bastante para contener su empuje. Fué, pues, acometido vivamente y obligado á replegarse. En el mismo instante movióse la mayor parte de la caballería rusa y vino á caer sobre nuestra izquierda. Perdidos parecieron los trescientos cazadores del 9.º y como tragados en medio de aquella muchedumbre de sables levantados sobre sus cabezas. Con todo, se aproximaron al barranco sin desunirse, se apelonaron á las órdenes de dos valientes oficiales, los capitanes Guyard y Savary, y siguieron haciendo un fuego nutrido contra los numerosos escuadrones que les cargaban. Prosiguiendo su movimiento hacia adelante esta nube de jinetes, llegó casi al pie de la cumbre, donde Napoleón se encontraba, y llegó á amenazar nuestra artillería hasta la altura de nuestros cuadros. Pero el primero de ellos, formado por el 53 de línea, recibió con el aplomo de las veteranas tropas de Italia las cargas de la caballería rusa, y la atajó el paso: adelantándose después sin romperse libertó al 16 de cazadores y los trescientos tiradores del 9.º, que habían quedado como anegados en medio de aquella ola de asaltadores.

El ejército, que presenciaba este espectáculo con la emoción más viva, descubrió con gozo al pequeño grupo de tiradores del 9.º, salir sano y salvo de aquella espantosa refriega. Napoleón, que no había cesado de observar con su antejo, dejó la posición que ocupaba, cruzó el barranco y pasando á caballo por delante de aquellos intrépidos tiradores, les dijo: —¿Quiénes sois, amigos?—Cazadores del 9.º de línea é hijos de París todos, respondieron aquellos jóvenes valerosos.—Pues bien, sois valientes, y todos habéis merecido la cruz.—Le saludaron con los gritos de *viva el emperador!* y seguidamente se trasladó á los cuadros de la división de Broussier. Ésta se adelantaba por la llanura, teniendo su artillería en los trechos de cuadro á cuadro, y persiguiendo á la numerosa caballería del conde Pahlen á cañonazos. En breve llegaron al centro la caballería de Nansouty y á la izquierda la división de Delzons. No creyendo prudente los rusos hacer cara á tales fuerzas, repusieron el riachuelo Loutcheza, detrás del cual estaba todo su ejército en batalla. De esta suerte se había ganado la mitad del día, y si hubieran estado juntas todas nuestras tropas, al punto aceptara Napoleón la batalla, que al parecer se le ofrecía. Pero no tenía á la mano más que una parte insuficiente de su ejército. Por tanto determinó emplear el resto del día en reconocimientos, en estudios del terreno, en concentraciones de fuerza. Después de observar la línea enemiga y de fijar mentalmente el puesto que cada uno de sus cuerpos ocuparía al día siguiente, fué á vivaquear en medio de sus tropas, llenas de júbilo por los triunfos de los días anteriores y por la perspectiva de una gran batalla. Nuestros soldados anhelaban un acontecimiento decisivo, por sangriento que fuera. Esta marcha sin resultados les fatigaba. Caminaban con un calor de 27º, tenían escaso aguardiente, pan casi nada, y frecuentemente sólo se alimentaban con carne cocida y sin sal. Soldados valientes en posición que les disgusta, siempre desean una batalla, aunque no sea más que bajo el aspecto de variar. El cansancio había aclarado mucho nuestras filas. Más de tres mil hombres nos habían arrebatado

los últimos combates, de mil ciento á mil doscientos muertos, y mil ochocientos heridos.

La partida de los bávaros nos había debilitado en unos quince mil hombres. Con los dos cuerpos de caballería de los generales Nansouty y Montbrún, con el ejército de Italia, con las tres divisiones del primer cuerpo, con la guardia y el mariscal Ney, quedaban alrededor de ciento veinticinco mil hombres. Mas eran de los que se necesitaban para dar con Barclay de Tolly al traste, y así se esperaba anonadarle al día siguiente.

En efecto, Barclay de Tolly había tomado la osada determinación de presentar batalla. Las quejas amargas de sus soldados y aun sus ultrajes, pues había oído que le dirigían insultos á veces por causa de aquella retirada continua en que se obstinaba, no bastaron á hacerle variar de conducta, si no hubiera llegado á decidirle una consideración poderosa. Dando un paso más hacia atrás, quedaba interceptada la comunicación entre Vitebsk y Esmolensko, y Bagration á quien había citado para Babinowicz seria detenido en su marcha, cogido quizá entre Davout y Napoleón, y destruido por consecuencia. Así resolvió á costa de cualquier peligro, dar detrás del riachuelo Loutcheza una encarnizada batalla con sus fuerzas todas. A menos de cien mil hombres le habían reducido la separación del cuerpo de Wittgenstein y las largas marchas. Más de siete mil hombres le habían costado los tres últimos días de combate entre muertos, heridos y prisioneros. Le quedaban por tanto unos noventa mil hombres, si bien sostenidos por el valor de la desesperación, contra ciento veinticinco mil, animados por el valor que nace del espíritu militar en su mayor grado de energía. Peligroso era el trance, pero el momento era de aquellos en que no se debe calcular y en que se necesita salvar los imperios con resoluciones desesperadas.

Había pues empleado todo el día en prepararse, cuando un oficial llegado á toda prisa, le adujo de repente poderosas razones para mudar de consejo. Era un ayudante del príncipe Bagration encargado de anunciarle el combate de Mohilew y sus resultados. Bagration, á quien Davout había forzado á pasar el Dnieper mucho más abajo de Mohilew, se veía en la necesidad de dar más largo rodeo para unirse á Barclay de Tolly en el agujero que separa las fuentes de los dos ríos. Ya no era en Orscha, punto del Dnieper más cercano al Dwina, donde Bagration pensaba juntarse á Barclay de Tolly, sino en Esmolensko á lo sumo. Tales eran las noticias que el ayudante de campo del príncipe Bagration le llevaba. Ya en este caso podía seguir retrocediendo sin comprometer la unión de ambos ejércitos detrás de la línea del Dnieper y del Dwina, y era inútil dar una batalla extremadamente peligrosa por un objeto más lejano sin duda, pero no comprometido de ningún modo por un nuevo movimiento retrógrado. Descargado de responsabilidad tan inmensa, Barclay de Tolly tomó el partido de levantar el campo aquella misma noche. Ya muy tarde el 27 y cuando la fatiga empezaba á adormecer la vigilancia de los franceses, fué comunicada á todos los jefes de cuerpo la orden de retirada, y ejecutada con un concierto, una exactitud y un silencio notables. Se dejaron encendidas fogatas, y la retaguardia del conde Pahlen á orillas del Loutcheza, á fin de en-

ganar completamente al enemigo, y retiráronse en tres columnas, la de la derecha compuesta del 5.º y 6.º cuerpo (la guardia y Doctoroff) por el camino de Roudnia sobre Esmolensko; la del centro, compuesta del tercer cuerpo (el de Touczkoff) por Kolicicki sobre Poreczie; la de la izquierda, compuesta de los cuerpos 2.º y 4.º (de Bagowout y Ostermann), por Janoviczi sobre Poreczie. Este punto, adonde se dirigían dos columnas rusas, estaba situado detrás de un riachuelo pantanoso y cubierto de matorrales, el Kasplia. Corriendo de Esmolensko á Sourage, obstruye hasta cierto punto el espacio de diez y ocho á veinte leguas que se extiende entre las fuentes del Dnieper y las del Dwina y cierra, por decirlo así, las puertas de la Moscovia. Establecido en Poreczie con el grueso de sus fuerzas, detrás de una región de bosques y de pantanos, protegido por el curso tortuoso y pantanoso del Kasplia, libre para trasladarse á Sourage, orillas del Dwina, ó á Esmolensko, á orillas del Dnieper, Barclay de Tolly podía esperar algunos días para que Bagration se le incorporara, cubriendo á la vez los caminos de Moscou y San Petersburgo. Tomada esta resolución con tanta prontitud como la de combatir el día antes, ejecutada con precisión rara, hacía honor al juicio y al carácter militar del general en jefe Barclay de Tolly, y probaba que, entregado á sí mismo, menos contrariado así por la aristocracia militar, que gobernaba el imperio, como por las pasiones populares, que dominaban el ejército, hubiera podido dirigir cuerdamente las operaciones de esta guerra tan grave como ardua.

A caballo Napoleón desde muy temprano el 28 de julio, y rodeado de sus lugartenientes, corría á orillas del Loutcheza, donde se lisonjeaba de hallar un nuevo Friedland, y sobre todo la paz que tan ligeramente había abandonado, y que echaba de menos ahora, como se echa todo lo que fácilmente se ha dejado. A pesar de una brillante retaguardia orgullosamente dirigida por el conde de Pahlen, no era posible engañar á un ojo tan ejercitado como el de Napoleón, y reconoció muy luego que, después de habérsele plantado delante la vispera con osadía los rusos, habían levantado el campo á fin de evitar la batalla. Ignorando los motivos que les habían determinado sucesivamente á combatir y á retroceder, pudo creer que esta apariencia de una resolución que no tenían y á la cual había sucedido una repentina retirada, no era por su parte más que un cálculo para atraer el ejército francés en su seguimiento, cansarle y agotar sus fuerzas. Esta idea, que penetró mucho antes en el espíritu de sus lugartenientes que en el suyo, entristeció á los oficiales y soldados. Inmediatamente se pusieron en marcha con un calor sofocante de 27 ó 28 grados, para procurar coger algunos restos de aquel ejército fugitivo, y á pesar del cansancio de los días anteriores, se corrió hasta perder el aliento. Pero aunque la caballería del conde Pahlen no rehusara las cargas de la nuestra, siempre acababa por retirarse y por evacuar el terreno disputado.

Apenas se dieron algunos pasos, descubrióse á la izquierda junto al Dwina la ciudad de Vitebsk, capital de la Rusia Blanca, poblada de veinticinco mil habitantes y no poco dedicada al comercio. Uno de nuestros destacamentos entró sin dificultad en su recinto, ahuyentando á las bandas de cosacos, que, semejantes á las

aves maléficas, nunca se retiraban sin manchar antes los lugares donde habían posado. No tuvieron tiempo de entregar á las llamas esta ciudad bastante linda, pero destruyeron los principales almacenes, é inutilizaron especialmente los molinos. Al aproximarnos huyeron los habitantes, con excepción de algunos sacerdotes y algunos mercaderes, espantados por el rumor exageradísimo de los estragos que habíamos hecho en Polonia, estragos casi nulos en las ciudades protegidas por la presencia del ejército, pero siempre efectivos en los campos abandonados á los pillos aislados sin defensa.

Napoleón entró en Vitebsk para juzgar por sus propios ojos de la importancia de esta ciudad y de la extensión de los recursos que podría ofrecerle, pasó allí algunos instantes, tomó posesión del palacio del gobernador, palacio poco suntuoso, pero bastante para su sencillez siempre grande en la guerra, y después de expedir las órdenes indispensables, partió á toda rienda para dar alcance á la cabeza de sus columnas. Sofocante era el calor del día y cuando se le comparaba al frío glacial que nos exponíamos á experimentar más tarde, parecía una irrisión de la naturaleza. Hombres y caballos caían sobre el camino, por el doble efecto del mal alimento y del calor, y aquellos de nuestros soldados, que detrás de Napoleón habían ya visto países tan diversos, no recordaban haber respirado en Egipto aire más abrasador, impregnado de un polvo más sutil y más sofocante. Y era lo extraño que al par que dejábamos por los caminos una porción de rezagados, no hallábamos rezagado un solo ruso, aun siendo mucho menos ágiles que los franceses. Pero habiendo marchado siempre en medio de sus almacenes, no habían tenido que sufrir privación alguna, y además tenían para ser retenidos en las filas el estímulo del miedo, pues mientras nuestros soldados al retrasarse estaban seguros de ser recogidos por sus camaradas, ellos no tenían otra probabilidad que la de quedar prisioneros, ó ser acuchillados por nuestra caballería encarnizada en su persecución.

De esta suerte se caminó por espacio de muchas leguas detrás del ejército ruso, sin encontrar un solo hombre de quien se pudiera saber la verdad. Sin embargo, á la caída de la tarde se acabó por coger á algunos, que no pudieron sostener la celeridad de aquella marcha, y ya por la dirección de las columnas, que se descubrían de vez en cuando desde los puntos culminantes del terreno, ya por las respuestas sacadas á los que se cogieron en el camino, creyóse descubrir que el contrario se retiraba, por entre Esmolensko y Sourage, con intención evidente de unirse al príncipe Bagration. Día por día se hallaba enterado Napoleón de las operaciones del mariscal Davout, del combate de Mohilew, de las consecuencias de este combate, del rodeo á que el príncipe Bagration se vió condenado, rodeo que retardaba, pero no impedía su incorporación á Barclay de Tolly; de consiguiente poseía todos los elementos necesarios para juzgar bien de los proyectos del enemigo. Después de seguir á los rusos hasta el fin del día, hizo personalmente alto en un lugarcito llamado Haponowtschina. Allí platicó algunos instantes con Murat y el príncipe Eugenio, reconoció con ellos la inutilidad y el peligro de una persecución prolongada, porque el proyecto de rebasar á Barclay de Tolly se había hecho im-

practicable, hallándose éste muy sobre aviso y llevándonos mucha delantera. No pudiendo rebasarle, no había manera de impedir su reunión con Bagratión, que estaba en marcha más allá del Dnieper para juntarse detrás del Dwina. De obstinarse en esta persecución, lo más que podía conseguir era obligar á los dos generales rusos á que se juntaran diez ó quince leguas más lejos, y esta ventaja de importancia escasísima no equivalía al inconveniente de agotar las fuerzas de los soldados. La caballería se hallaba en un estado lastimoso: á la artillería le costaba mucho seguir adelante. De consiguiente Napoleón prometió á Eugenio y á Murat que nuevamente haría alto, con el fin de proporcionar algunos días de descanso á las tropas, de allegarse los rezagados y de rehacer los almacenes con los recursos del país, que no habían tenido tiempo de destruir los rusos.

Adoptada esta resolución, separóse Napoleón de Eugenio y de Murat, á quienes dejó con sus tropas, y volvió á entrar en Vitebsk aquella misma noche.

Así fracasaron sus combinaciones de la apertura de la campaña, que se contaban entre el número de las más bellas que había concebido nunca, aunque hubiera batido al enemigo en todos los encuentros, aunque le hubiera hecho perder cerca de quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, aunque le hubiera arrancado muchas de sus mejores provincias, tales como la Lituania y la Curlandia. Algunas faltas de ejecución contribuyeron sin duda á este mal suceso, como la de apresurarse demasiado á cruzar el Niemen, y la de no parar en Kowno, antes de dar ninguna alerta al enemigo, el tiempo que fué preciso parar en Wilna para reunir el ejército y sus bagajes; como las de contar con la incorporación del rey Jerónimo al mariscal Davout, no poner á éste en aptitud de perseguir y de envolver al príncipe Bagratión por sí solo; producir, con tratar sobradamente mal á su joven hermano, una fatal interrupción de mando; y finalmente haber contado muy poco para todas las cosas más que los hombres y los elementos. Pero, independientemente de estas faltas, el mal éxito emanaba, como las faltas mismas, de la imprudencia de esta guerra, consistente en tentar con soldados violentamente arrancados de todos los países y precipitadamente regimentados, marchas sin término en comarcas inmensas, harto poco fértiles y harto poco habitadas para suplir todo lo que es imposible llevar consigo; de haber, no dejado de pensar en las dificultades de tal empresa, ó descuidado los medios de superarlas, sino creído con sobrada facilidad en la eficacia de los medios empleados; de haber obrado en suma con toda la embriaguez de un poder alucinado por la continuidad de los triunfos y por la sumisión general de los pueblos. Reparemos no obstante, que iniciada ya la locura de esta guerra, si Napoleón se mostrara todavía más loco, si marchara adelante en derechura, sin detenerse diez y ocho días en Wilna para allegar sus tropas y sus convoyes, de cierto se dejara detrás mucha gente, pero quizá abrumara á Barclay de Tolly por un lado, al príncipe Bagratión por otro, y descargara golpes terribles, que pudieran traer la paz y haber bastado en todo caso para llenar grandemente esta primera campaña, y ahorrarle de ir á buscar al seno de Rusia los brillantes resultados que necesitaba para conservar su prestigio, para imponer á Europa, y para tener sus tropas en juego. Más

tarde allegara á los hombres dejados por los caminos, á los más robustos cuando menos, y de todas maneras nunca perdiera tantos como perdió en breve por correr detrás de un triunfo que se le huía de continuo. Ya aquí se ve, y se verá en lo sucesivo, á esta guerra marcada con el doble carácter de una concepción temeraria y de una ejecución incierta, y al genio que comienza las faltas, se arrepiente inmediatamente después de haberlas comenzado, y fracasa por la vacilación misma que en su acción produce este arrepentimiento. ¿Nos atreveremos á decirlo? Mas obcecado Napoleón saliera más airoso. Conviene añadir que aun cuando su salud nada se resintiera, parecía menos activo, que iba más frecuentemente en carruaje, y menos á menudo á caballo, ya porque el calor y el vientre abultado produjeran pesadez, no á su espíritu, sino á su cuerpo, ya porque la enormidad de lo que había emprendido asustase, enervase su voluntad antes tan firme y tan ardiente, ya, diríamos finalmente si participáramos más de las supersticiones humanas, porque la fortuna inconstante ó cansada cesase de favorecer sus designios.

De cierto aún le quedaban á Napoleón por imaginar muchas combinaciones, y su inagotable genio distaba enormemente de hallarse al cabo de sus recursos.

Barclay de Tolly, cuya incorporación al príncipe Bagratión no había podido impedirse, y que iba á ver elevados sus noventa mil hombres á ciento cuarenta mil, de resultas de la unión de los dos ejércitos del Dwina y del Dnieper, no se hacía invencible para los doscientos cincuenta mil hombres que Napoleón podía oponerle, después de juntarse al mariscal Davout; Barclay de Tolly, que hasta entonces no pudo ser sorprendido ni envuelto, no había llegado á ser tan perspícaz de pronto que no pudiera ser adormecida su vigilancia y descargado sobre su cabeza uno de aquellos golpes terribles bajo los cuales habían sucumbido en el espacio de quince años los ejércitos más valientes de Europa. De consiguiente no estaban más que aplazados los resultados maravillosos que solían señalar el principio de todas las campañas napoleónicas, y entretanto se tenían resultados sólidos como las conquistas de la Lituania y la Curlandia y además el ascendiente de las tropas francesas sobre las tropas enemigas sustentado en todo su auge. Así cabía descansar en Vitebsk sin pensamientos muy sombríos, y si se prestaba á la censura el descanso tomado en Wilna, el que se iba á tomar en Vitebsk se hallaba al abrigo de todo cargo; pues en Wilna al precio de treinta ó cuarenta mil rezagados, fuera posible llegar á tiempo sobre la espalda de Bagratión y el flanco de Barclay, al par que en Vitebsk sólo se podía ensanchar más, adelantándose, el círculo que ambos jefes iban á describir para juntarse, sin llegar á cortar este círculo por parte alguna, sin conseguir otra cosa que sacrificar todo el ejército á un resultado insignificante, exponiéndole á perecer de calor ahora, por miedo de que más tarde pereciera de frío.

De consiguiente Napoleón instalóse por doce ó quince días en el palacio del gobernador de Vitebsk con su corte militar. Distribuyó sus cuerpos de ejército en torno suyo, de manera de ponerlos á cubierto de toda sorpresa, de alimentarlos lo mejor posible, de prepararles una reserva de víveres para los próximos movimientos, y de poder concentrarse oportunamente sobre los

puntos donde hubieran de ser ejecutadas las operaciones. A la guardia imperial la estableció en Vitebsk mismo; al príncipe Eugenio delante de él en Sourage, pequeña ciudad situada más arriba de Vitebsk junto al Dwina; un poco más á la derecha, hacia Roudnia, en medio del espacio comprendido entre el Dwina y el Dnieper, y detrás de la cortina de bosques prolongada á orillas del Kasplia, al mariscal Ney; y delante de éste á la masa de la caballería en todas las avenidas por donde podía presentarse el contrario. Detrás de Ney, entre Vitebsk y Babinowicz, hizo acampar á las tres divisiones del primer cuerpo, que aguardaban con impaciencia la hora de juntarse al jefe severo, si bien paternal, á cuyas órdenes tenían costumbre de vivir y de pelear.

Efectivamente, el mariscal Davout había remontado el Dnieper después del combate de Mohilew, y se había establecido en Orscha, desde donde guardaba el Dnieper, como Napoleón desde Vitebsk guardaba el Dwina. Había extendido la caballería de Grouchy sobre su izquierda, para enlazarse con el grande ejército hacia Babinowicz, y había encaminado hacia su derecha á la caballería ligera de Pajol y de Bordessoulle, para seguir y observar más allá del Dnieper al príncipe Bagratión, que daba un gran rodeo por Micislaw, á fin de juntarse á Barclay de Tolly hacia Esmolensko. Finalmente, el mariscal Davout había allegado á los westfalianos y á los polacos, extenuados unos y otros por una marcha de más de ciento cincuenta leguas ejecutada desde el 30 de junio hasta el 28 de julio en un país arduo y sin víveres lo más del tiempo. Los polacos se hallaban en Mohilew, los westfalianos entre Mohilew y Orscha. El general Latour-Maubourg se retiraba con su caballería fatigada desde Bobruisk á Mohilew muy despacio, observando las tropas destacadas de Tomarsoff. Reynier, á la cabeza de los sajones, destinados á custodiar el gran ducado, se acrecía con los austriacos, que estaban en marcha hacia el grande ejército.

Establecido así Napoleón sobre el alto Dwina con la guardia y el príncipe Eugenio, teniendo entre el Dwina y el Dnieper á Murat, á Ney, y á las tres primeras divisiones del mariscal Davout, y sobre el mismo Dnieper al resto de las tropas de éste, y además á los westfalianos y á los polacos, se hallaba en una posición inatacable, y en aptitud de preparar nuevas operaciones. Ocupándose de las necesidades de los soldados, su intención era recomponer cada cuerpo según su formación primitiva, dar al príncipe Eugenio la caballería de Grouchy y aun los bávaros, dar al general Montbrún los coraceros de Valencia prestados al mariscal Davout un momento, dar á éste sus tres primeras divisiones de infantería, confiarle además el primer cuerpo, los westfalianos, los polacos y la caballería de reserva del general Latour-Maubourg.

Según su costumbre, Napoleón dispuso que se empleasen inmediatamente los recursos que ofrecía el país para proporcionar á los soldados la subsistencia de que habían carecido durante la marcha, y proporcionarles una reserva de víveres para ocho ó diez días. En Vitebsk había algunas provisiones, con especialidad de vino, azúcar, café, y se dispuso de ellas para los hospitales. Bastante bien cultivada estaba la ribera del Dwina, y más allá, entrando en la Rusia Blanca, de Vitebsk

á Newel y Wielij se encontraban aquí y allí granos y ganado. Generalmente habían sido destruidos los almacenes de los rusos, pero se habían conservado algunas porciones, que se trasladaban á la sazón en carros del país detrás de Barclay de Tolly. Nuestra caballería aprovechó de la coyuntura, é hizo presas de bastante importancia delante de los cantones del príncipe Eugenio. En Liosna, Roudnia, Babinowicz, esto es, entre el Dwina y el Dnieper, no habiendo hecho más que pasar los rusos, y no pudiendo aún desparramarse nuestros rezagados, quedaban medios de subsistencia. En Orscha, junto al Dnieper, había hallado el mariscal Davout con qué preparar las provisiones de sus tropas. Más allá del Dnieper, desde Orscha á Micislaw, se extendía una comarca fértil y donde había muchos molinos. Por desgracia la mayor parte estaba inservible. Napoleón ordenó repararlos, construir hornos, formar almacenes, particularmente en Vitebsk y en Orscha, donde se proponía establecer sus dos principales puntos de apoyo sobre el Dwina y el Dnieper. Se carecía de hospitales, en Vitebsk sobre todo, donde había que asistir, además de los mil ochocientos heridos franceses de los tres combates de Ostrowno, á quinientos ó seiscientos rusos heridos, sin contar un número considerable de enfermos. El bueno y hábil cirujano Larrey, verdadero héroe de humanidad, cuidando á los heridos del contrario, á fin de que éste cuidase á los nuestros, trabajaba en Vitebsk lo indecible para suplir los efectos del hospital de sangre que aún no había llegado: Napoleón hizo que se le entregara todo lo mejor que se halló en los conventos. Además se aprovechó de la presencia del mariscal Davout en Orscha, para hacer preparar allí mismo, así como en Borisow y en Minsk, hospitales capaces de recibir doce mil enfermos.

Si algo podía dar idea de la dificultad de las operaciones militares á tan grandes distancias y con tan grandes masas de hombres es la extensión y la multiplicidad de los padecimientos de nuestros soldados á pesar de todos los esfuerzos hechos por el genio para precaverlos. Los combates dados por la caballería de Poniatowski en Mir, por el cuerpo de Davout en Mohilew, por el grande ejército en Ostrowno, por Oudinot en Dewelto, y por diversos cuerpos en otros muchos lugares, nos habían costado cuando más de seis á siete mil hombres entre muertos y heridos, y sin embargo, ya habían desaparecido cerca de ciento cincuenta mil hombres de las filas durante las marchas del Niemen al Dnieper y al Dwina. De esto hablaban los jefes de cuerpo á Napoleón con tanta insistencia, que después de determinarse por este motivo á hacer en Vitebsk un nuevo alto, ordenó para conocer la extensión del mal que se revistaran todos los regimientos (1). Al comen-

(1) Los historiadores, que han querido excusar la campaña de Rusia, hacen datar la ruina del ejército de la retirada de Moscou, de los grandes fríos que acompañaron á esta retirada y de las privaciones que fué necesario sufrir durante una marcha de doscientas cincuenta leguas, etc. Este es un error cometido por escritores que no han examinado de cerca los documentos verdaderos. La correspondencia de los generales, de los ministros y hasta de los prefectos, prueba que las causas de este gran desastre eran más antiguas y más hondas. Se tocaba en efecto á la disolución del ejército por consecuencia de guerras incansables, á las cuales había sido forzoso atender con un reclutamiento precipitado y soldados muy mozos, bravos pero débiles, con extranjeros de mala voluntad

zar esta revista detallada de los cuerpos de la extrema izquierda á la extrema derecha, del mariscal Macdonald hacia Riga al general Reynier hacia Brezesc, en una línea de más de doscientas leguas, se hallaron los tristes resultados siguientes. El mariscal Macdonald, que tenía á los prusianos y á los polacos organizados en un todo, que había tenido que andar cincuenta leguas á lo sumo y que sufrir muy pocas privaciones, sólo había experimentado la pérdida de seis mil hombres. De treinta mil estaba reducido á veinticuatro mil combatientes. El mariscal Oudinot, que con la división de los coraceros de Doumerc, destacada del cuerpo de caballería de Grouchy, contaba cerca de treinta y ocho mil hombres al paso del Niemen, no conservaba ya más que de veintidós á veintitrés mil en Polotsk. Atribuía esta disminución desconsoladora á la desertión que se había declarado entre las tropas extranjeras, tales como los croatas, los suizos, los portugueses. Entre los franceses no se había manifestado la desertión más que en los mancebos. El mariscal Ney, que poseía treinta y seis mil hombres al principio de las operaciones, afirmaba en Vitebsk que no podía poner más de veintidós mil en línea. Los extranjeros, es decir los ilirios y los wurtembergueses, eran en este cuerpo, como en los demás, la principal causa de la disminución del efectivo. Murat, con la caballería de reserva de los generales Nansouty y Montbrún, estaba reducido de veintidós mil á trece ó catorce mil jinetes. Conviene añadir que la caballería ligera agregada á cada cuerpo de ejército había disminuído en proporción todavía más fuerte, por consecuencia del fatigante servicio de las vanguardias y de la protección con que era preciso rodear de continuo á las tropas enviadas á buscar forrajes. Sólo presentaba la mitad de su fuerza primitiva. La misma guardia imperial no contaba más que veintisiete ó veintiocho mil en vez de treinta y siete mil hombres, lo cual era debido á las pérdidas de la joven infantería, á las de la caballería ligera constantemente empleada en los reconocimientos que el emperador ordenaba directamente, y sobre todo á la increíble desaparición de los nuevos reclutas en la división de Claparede. Esta división había venido á parar de siete mil á menos de tres mil infantes. No consistiendo ya á su vuelta de España más que en el cuadro de los regimientos, se había llenado con jóvenes polacos, muchos de los cuales sucumbieron á la fatiga ó á la tentación de regresar á sus hogares. De esta suerte la misma guardia, aunque siempre bien provista, contaba ya diez mil hombres menos. La vieja guardia era la única tropa que no había perdido nada.

El cuerpo del príncipe Eugenio, calculado en ochenta mil hombres al paso del Niemen, no constaba ya más que de cuarenta y cinco mil, habiendo sucumbido

y un material que no resistía á tan enormes distancias. Estas causas comenzaron la ruina del ejército mucho antes de que se llegase á Moscú, y la retirada de este punto no hizo más que consumarla. La fatiga, la escasez de víveres, la mortandad de los caballos, que dejó á pie mucha parte de la caballería, crearon muy luego funestos hábitos de vagancia, que se desarrollaron después en esta fatal campaña, cuando las causas que los habían producido llegaron al último grado de fuerza. Este principio lo señalamos aquí por medio de pruebas irrefragables y esmeradamente recogidas. Nuestro trabajo está hecho en vista de los estados mismos presentados á Napoleón por los jefes de cuerpo, despachos según los cuales establece sus propios cálculos. (N. del A.)

como dos mil al fuego enemigo. Una espantosa disenteria, que se hizo epidémica entre los bávaros, les redujo de veintisiete mil á trece mil. Esta enfermedad era debida al alimento en que entraba más carne que pan, á la carne de puerco comida sin sal, á la privación de vino, al relente de los vivaques sucediendo repentinamente á los excesivos calores durante el día; finalmente y sobre todo á la rapidez de las marchas, á la juventud de los hombres, á su poca inclinación al servicio. Se miraba á este cuerpo como casi fuera de estado de ser útil, y se le había dejado en Beschenkowicz, porque cada día de marcha le ocasionaba mil enfermos (1).

La división italiana era el cuerpo que, después de los bávaros, había sufrido más de la disenteria, y ni aun se había eximido de ella la guardia italiana, compuesta de soldados selectos. Las hermosas divisiones francesas de Broussier y de Delzóns habían resistido mejor á esta ruda vida de marchas y de privaciones. De abril á junio habían ido de Verona á Vitebsk, del Adriático á las fuentes del Dwina. Dos mil hombres habían perdido por el fuego en Ostrowno y tres mil por la fatiga, con lo que se redujeron de veinte á quince mil hombres; gran ventaja sobre la división de Pino que de once mil había bajado á cinco mil soldados. El cuerpo del mariscal Davout había disminuído menos que los otros, gracias á su organización fuerte. Si no tuviera en sus filas holandeses, hamburgueses, ilirios, españoles, apenas contara la reducción de una décima parte en su efectivo. Por consecuencia de esta mezcla y también de la incorporación de los prófugos en sus regimientos, no podía poner en línea más que cincuenta y dos ó cincuenta y tres mil hombres de los setenta y dos mil con que empezó la campaña. El cuerpo de Jerónimo, compuesto de los westfalianos, de los polacos, de los sajones, de la caballería de Latour-Mauborg, había experimentado las pérdidas siguientes: los polacos estaban reducidos de treinta mil á veintidós mil hombres, los westfalianos de diez y ocho á diez mil, los sajones de diez y siete á trece mil, la caballería de Latour-Mauborg de diez á cerca de seis mil.

Así el ejército activo, que al paso del Niemen constaba de cuatrocientos mil hombres, y cerca de cuatrocientos veinticinco mil de todas armas con los parques, no ascendía ya más que á doscientos cincuenta y cinco mil soldados, excelentes sin duda, todos muy fuertes y en torno de su bandera, pero no muy numerosos, si se quería penetrar en el corazón de la Rusia. Verdad es que había ciento cuarenta mil hombres en segunda línea entre el Niemen y el Rhin, y de cincuenta y sesenta mil enfermos entre los diversos hospitales de la Alemania y la Polonia, y que de estos doscientos mil hombres se podían sacar útiles refuerzos. Dejando á las órdenes de los mariscales Macdonald y Oudinot sesenta mil hombres junto al Dwina, cerca de veinte mil á las órdenes del general Reynier junto al Dnieper, quedaban ciento setenta y cinco mil hombres del ejército activo para proseguir adelante. Conviene observar que los treinta mil austriacos del príncipe de Schwartzberg,

(1) Entiéndase bien que no hablo ni á tenor de las memorias del mariscal Saint-Cyr, más afectivas aún que mi relato, sino á tenor de las correspondencias cotidianas de los jefes de cuerpo. No hay un detalle en la exposición ésta que no pueda apoyarse en estados auténticos y en cálculos irrefragables. (N. del A.)

en marcha hacia Minsk actualmente, debían engrosar este número muy pronto, y que de los ciento cuarenta mil hombres escalonados entre el Niemen y el Rhin podía Napoleón sacar treinta mil buenos soldados á las órdenes del mariscal Víctor para aproximarlos á su retaguardia. En cuanto á la reserva confiada al mariscal Augereau, en cuanto á las diversas guarniciones de Alemania, eran necesarias para hacer frente á los suecos, y no había posibilidad de trasladarlas á otro punto. Así, añadiendo á los sesenta mil hombres de los mariscales Macdonald y Oudinot, dejados junto al Dwina, los treinta mil hombres del mariscal Víctor, añadiendo á los veinte mil hombres del general Reynier, dejados entre el Bug y el Dnieper, los treinta mil austriacos, Napoleón tenía ciento setenta y cinco mil hombres que llevar consigo, ya sobre Moscú, ya sobre San Petersburgo, estando fuertemente protegidos sus flancos. Sin duda con esta masa organizada se podían aún descargar golpes decisivos, pero era cruel hallarse reducido á tales proporciones al mes de abierta la campaña y sin ninguna gran batalla.

Ya se han indicado las causas de esta disminución grande. Aún las acababan de revelar más claramente las marchas postreras. El ejército de Italia había andado seiscientos leguas desde marzo á julio, el del Rhin quinientas. Se habría reunido ciento cuarenta mil caballos para llevar las municiones de boca y guerra, pero la mitad de estos caballos habían ya sucumbido por falta de alimento, y una parte considerable de nuestros convoyes hubo de ser abandonada por los caminos.

Unidas las privaciones á lo largo de las marchas, impidieron á muchos hombres, aun de los de buena voluntad, seguir á sus cuerpos. Entendiéndose mal unos con otros y con los habitantes de los países atravesados los extranjeros de todas las naciones, italianos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, alemanes, polacos, convirtiendo el ejército en una Babel, no manifestando inclinación á servir con nosotros, batiéndose bien por amor propio cuando se hallaban á nuestra vista, pero no sintiendo fuera del campo de batalla el menor escrúpulo en quedarse atrás cuando estaban fatigados ó indispuestos, teniendo en las selvas de Polonia una retirada segura para ocultarse, desaparecían á vista de ojo. Algunos morían ó se pudrían en los hospitales, otros ejercitaban el oficio de bandoleros, los más se deslizaban á través de la Alemania favorecidos por los habitantes y comunmente volvían á sus casas. Después de los extranjeros, tanto los prófugos como los reclutas, eran los más propensos á abandonar las filas, los reclutas por desmoralización, los prófugos por afición á la vida errante. No quedaban en rededor de las banderas más que los veteranos, ó bien aquellos á quienes un temperamento más militar había asociado al espíritu de la antigua tropa, y formaban, como se ha visto, un total de cerca de doscientos cincuenta mil hombres. Para cometer la temeridad de esta campaña tan lejana, más valiera ciertamente no tener consigo más de doscientos cincuenta mil hombres en vez de cuatrocientos mil, pues además de necesitarse menos medios de subsistencia, se evitara el inconveniente de infestar el país con una muchedumbre de desertores, cuya conducta podía ser contagiosa. Efectivamente más debía inquietar el ejemplo de la desertión que la pérdida material

de ciento cincuenta mil hombres, de los cuales había por qué inquietarse, pues esta facilidad de abandonar las banderas, desconocida hasta entonces entre nuestros soldados, arrastraba á muchos que jamás pensarán en tal cosa, si no tuvieran de continuo el espectáculo de la desertión á la vista. Al ejemplo de la desertión se agregaban mil pretextos fatales para alejarse de las filas. Todas las noches, las correrías para ir en busca de víveres, la atención que había que dedicar á inmensos bagajes, el cuidado de los rebaños llevados detrás del ejército, la artillería regimentaria que Napoleón quiso confiar á los regimientos de infantería, y que segregaba de su servicio habitual á muchos excelentes infantes para convertirlos en malos artilleros, finalmente la mortalidad de los caballos, que por fuerza dejaba á pie á una multitud de jinetes, reducidos á arrastrarse trabajosamente detrás de los cuerpos, engrosaban esa triste cola, que después del paso de los ejércitos se descubre de ordinario, y que pronto se prolonga, se corrompe y hasta se hace infecta en proporción del mal estado de las tropas. Este conjunto de causas preocupaba á Napoleón mucho más que el considerable número de hombres de que se iba á ver privado materialmente, pues, en rigor, con cien mil hombres distribuídos en sus filas, y una masa bien compacta de otros cincuenta mil que marchara adelante, no fuera imposible descargar un golpe mortal sobre Rusia; pero viendo lo que acontecía, era de temer que los doscientos cincuenta mil hombres que le quedaban, se redujeran á doscientos, ó á cien mil y aun quizá á mucho menos. Napoleón tenía en ciertos instantes el siniestro presentimiento de que así se efectuaría, y para precaver este peligro tomaba las precauciones más minuciosas y más profundamente calculadas. He aquí las que adoptó durante su permanencia en Vitebsk.

Ejerciendo comunmente la policía á retaguardia del ejército la gendarmería de preferencia, tropa sin igual por la calidad de los hombres, y componiéndose de trescientos á cuatrocientos jinetes, le pareció insuficiente á pesar de las columnas volantes con que la había reforzado, y dispuso que se enviaran de París al cuartel general cuantos hombres quedaban en los depósitos de la guardia. Creó por vez primera, y esto demuestra harto bien el deplorable estado de las tropas, dos inspectores del grande ejército, que, bajo el título de *ayudantes mayores generales* de infantería y de caballería, estaban encargados de velar por la situación de estas dos armas, por su vestuario, su efectivo y sus necesidades. Debían asegurarse de la verdadera fuerza de los regimientos en el momento de cada acción, y de prestar atención especial á los pequeños depósitos que el ejército dejaba por el camino. Para estos cargos hizo Napoleón dos elecciones excelentes, tanto bajo el aspecto de la vigilancia como del conocimiento de cada arma, y fueron para la infantería el conde Lobau, y para la caballería el conde Durosnel. Por desgracia la multiplicación de los empleos no remedia más los abusos que la multiplicación de los médicos asegura la curación de los enfermos. Con mayor razón Napoleón, durante este segundo alto, que se proponía hacer en Vitebsk, y que á falta de otro motivo, el calor hiciera necesario, buscó el remedio al mal que le inquietaba en el allegamiento de los hombres, en la incorporación de los convoyes, de un plazo de diez ó quince días facilitaría sobremanera, en el cuidado de